

Emilia Pardo Bazán. *San Francisco de Asís. Siglo XIII*. Edición de J. López Quintáns. Estudio crítico de J. M. González Herrán. Apéndices de C. Patiño Eirín. Consorcio de Santiago-Alvarellos Editora. Santiago de Compostela. 2014, 773 págs.

Como un gran acierto ha de considerarse la publicación de esta obra, de gran aceptación en su día y hoy casi olvidada. La oportunidad de devolverla al público al cumplirse ochocientos años de la peregrinación de San Francisco a Compostela está fuera de duda y queda corroborada con la significativa revaloración de la figura del Santo por el Papa argentino. Con esta edición da un paso más la ingente labor emprendida por el catedrático de la Universidad de Santiago José Manuel González Herrán con sus colaboradores del Grupo de Investigación Emilia Pardo Bazán, decididos a conseguir unas Obras completas de la autora que realmente lo sean pues, aunque otra cosa parezca, lo más conocido hasta ahora es la parte narrativa de su producción, y aun esa no en su totalidad. Este ambicioso proyecto de análisis, interpretación y valoración arrancó en 2003 con un Simposio de especialistas y desde entonces viene dando frutos de alta calidad, con una revista pardobazanianana de primerísimo orden –“La Tribuna”– flanqueada de una colección de estudios anejos. Un brillante Congreso internacional vino a realzar esta empresa y sus conclusiones se publicaron en 2009 con el título *La literatura de Emilia Pardo Bazán*. Todo ello en colaboración con la Real Academia Gallega, heredera de la biblioteca y el archivo literario de Doña Emilia. Encomiable en grado sumo todo ello, y mucho más vista la tónica, general en Galicia, de obstinarse en desconocer lo que no se exprese en vernáculo.

Nuestra época, con la crisis de sus valores fundamentales, tiene mucho adelantado para que laicos y creyentes se sientan acomunados en la simpatía instintiva hacia el *poverello d'Assisi* aun sin conocimiento cabal de las circunstancias que rodearon su figura. Otro tanto sucedía en los años 80 del siglo XIX, cuando la autora, muy atenta al clima espiritual europeo en que vivía, se propuso aproximar el lector a una Edad Media fascinante que, por otra parte, dejaba traslucir paralelismos y preocupaciones nada remotos. Al perfilar aquel tiempo lejano la autora no olvidaba la incertidumbre del suyo propio, abocado a perder la fe en el progreso indefinido que había impulsado el auge de Occidente, atónito al descubrir los abismos de miseria engendrados por el mito de la ciencia y de la técnica, amenazado por nuevas ideologías de salvación social que presagiaban la revancha de los desheredados y el cataclismo de lo constituido, mientras en la zozobra general no se salvaban ni el ámbito del pensamiento ni la convivencia entre las naciones. Inquietante compendio de todo ello, el conflicto entre la fe y la ciencia y el debate sobre la decadencia de los pueblos latinos expresaban sin lugar a dudas la inseguridad general. Tiempos, en suma, aquéllos de alarmado pesimismo, de ideas y emociones que, por otra parte, de vuelta ya del culto positivista al racionalismo, alimentaron también exigencias espirituales variopintas, desde el ocultismo y la teosofía hasta el redescubrimiento de la figura de Cristo. Había sido Renan, acercándose con cálida simpatía a la humanidad de Jesús, quien descubriera un camino de verdad y belleza muy eficaz para captar los orígenes de la religiosidad cristiana. Reencarnación de Cristo, la figura de Francisco tienta a la novel escritora, que encuentra además en los fundamentos religiosos de su propia educación una clave de interpretación del mundo. Por añadidura, el *San Francisco* señala un hito importante en la definición de una vocación alimentada hasta allí por la universal curiosidad de la joven Emilia, con ensayos destinados a la prensa según un patrón caro a la Ilustración. La revista había sido para ella ocasión donde poner a prueba sus dotes, estímulo de

autoeducación y aprendizaje que facilitó su consagración pública. No de otro modo ha de entenderse su participación en el debate sobre el evolucionismo, cuyos reflejos inflamaban la atmósfera académica compostelana –envuelta en aquella problemática europea con episodios tan sonados como la defensa del evolucionismo por el catedrático González de Linares–, y entre cuyos ecos aprendió a esgrimir sus armas polémicas a favor de la doctrina de la Iglesia en materia científica.

Cuando, tras esas experiencias divulgativas, meditaba profesionalizar sus aficiones literarias, le ayudó a decidir su futuro el benevolente reconocimiento por parte del amigo Giner de gusto intelectual y emoción estética suficientes para contrarrestar originarias lagunas de formación. A partir de ahí un cambio de rumbo le sugiere disciplinar sus energías y aplicarlas a un tipo de divulgación más consonante con sus tendencias, al estilo de lo practicado por los historiadores estetizantes de la escuela francesa, grandes narradores capaces de transfigurar con la chispa vivificante de la belleza literaria la desnuda erudición. El goce estético de la historia descubierto en aquellas lecturas la indujo a experimentar reconstruyendo a su vez artísticamente el pasado. Enfoca así una Edad Media aborrecida de la que resurgiría renovado un cristianismo de inmediata raíz evangélica, fundado en la caridad y en el menosprecio del poder: el encarnado por San Francisco de Asís. La riquísima biblioteca del convento franciscano de Santiago le proporciona documentación, consejo y seguridad doctrinal. Y aquella inmersión en una apabullante masa de lecturas, en seguida hábilmente sintetizada, fue ocasión de vivencias irrepetibles– “viví en el siglo XIII”, confesará–, no menos que autdemostración de capacidad y desafío a los límites impuestos a su sexo por la sociedad. No ha de extrañar, pues, su insistencia en demanda de reseñas al libro *–fishing for compliments*, a primera vista– pues lo que buscaba no era tanto la asombrada admiración de sus doctos amigos (por otra parte atrapados al enjuiciarla en el manido parangón varón-mujer) como el definitivo espaldarazo para la profesión que se disponía a abrazar, irrefutable por venir de quien venía.

Fuentes prestigiosas y de acrisolada ortodoxia guiaron su reconstrucción del amplio telón de fondo sobre el que resalta la figura del Santo de Asís. Si la tranquiliza la moderación ideológica de Cantú, Ozanam, Görres o “el protestante Sismondi”, inspiradores principales, no teme servirse de otras voces igualmente autorizadas aunque nada afines a su pensamiento, como el evolucionista Spencer y el “heterodoxo Michelet”. El escenario que surge de tales lecturas resulta muy distante de la Edad Media al modo romántico pues más que universo ideal es palenque donde remachar una vez más su adhesión a la ortodoxia tradicional: hija de la Iglesia tan fiel como beligerante, encomienda a esta operación de alta divulgación el propósito didáctico ostentado ya anteriormente y que seguiría enunciando todavía a punto de concluirse el “Nuevo Teatro Crítico”: “Si yo fuera hombre y periodista [...] buscaría un rincón de un periódico donde dedicar diariamente el trozo de existencia experimentado y visto [...], penetrando en todo para enseñar al público ...”.

Quizá la longitud del libro pueda justificarse entendiéndolo como derivación de un proyecto originariamente destinado a la prensa en entregas o capítulos progresivos, socorrida receta de seguro rendimiento, muy parecida al cuento de nunca acabar, que practicaban sin rebozo principiantes y consagrados. Una larga tirada de 132 páginas constituye la introducción donde, entre luces y sombras, desfilan bárbaros y romanos, feudalismo y servidumbre, Islam y Jerusalén, cruzados y trovadores, monacato e Imperio, güelfos y gibelinos, milenio, herejes y catedrales. En tan abigarrado torbellino de vicisitudes, la Iglesia descuella como fuente de toda ética, no siempre límpida

pero siempre benéfica. Esto se llama enseñar al que no sabe. Pero ese concepto simplificador, al ir siendo modulado a lo largo de toda la obra, deja vislumbrar interesantes profundidades: el dogma de la igualdad humana, aprendido en la religión que la escritora profesa y reiterado machaconamente en el texto, desafía sin más cualquier jerarquización del mundo en términos zoológicos, como la que predestinaba ciertas estirpes selectas a sojuzgar otros pueblos decadentes, mitos inquietantes de superioridad racial que circulaban ya por Europa como verdades de fe presagiando cosas terribles. Análogamente, la militante católica, sin desmentir su esencial antidemocratismo, en la constante defensa del humanitarismo cristiano insinúa lenitivos contra la violencia social que atenazaba Europa, intuición confirmada cuando descubra en sus viajes los milagros del catolicismo social belga. A ese espontáneo “sentir” la fraternidad cristiana, hasta aquí sólo teorizado por la escritora, sólo le faltaba para tomar cuerpo literariamente el descubrimiento de Tolstoy, en quien aprendería a desechar su propio e instintivo rechazo hacia el mundo de los marginados descubriendo la rica calidad de sus formas de vida y comportamiento. Precisamente de esa inspiración surgiría el cuento titulado *Siglo XIII*, tiempo de la fraternidad redivivo en la Galicia del presente, cuyo protagonista es la caridad en su más profunda y auténtica participación en el sufrimiento ajeno.

Abierto el pórtico, podía ya entrar en materia. Que no es sino la fuerza generadora de las grandes personalidades en la Historia: Carlyle *docet* y el Santo queda constituido como el tipo definidor del período histórico que alcanza su apogeo en el siglo XIII. De los diecisiete capítulos que siguen apenas una mitad escasa desarrolla la biografía de Francisco mientras que los restantes estudian el rastro dejado por él. Todo en el retrato que va surgiendo encaja en la iconografía más tradicional, sin intento alguno experimental. Y eso a pesar del creciente interés de la autora por acercarse a los recónditos meandros del alma, como demostrará en sus próximas novelas, en las que el análisis psicológico actúa como factor de evolución literaria, contribuye a dinamizar el retrato pasando de lo físico a lo moral y realza sus rasgos principales con el progreso de la acción. Pero aquí el excesivo predominio de la racionalidad descriptiva en la escritura no ayuda a penetrar en el cataclismo existencial que transformó un joven a la moda en Cristo redivivo. Muy a pesar del interés de Doña Emilia por la materia místico-literaria y de sus repetidas incursiones por ella, falta brío en su evocación de un ensimismamiento en la figura de Cristo que raya en locura. Empeñada en evitar la reducción positivista del misticismo a simple variedad de lo morboso, al limpiar de ambigüedades una conducta anormal no acierta a volar más alto. Y, el resultado, como si lo inefable se le resistiera a su pluma, es una santidad *di maniera*. Sin duda la fuerza del modelo de comportamiento más poderoso del Occidente, la *imitatio Christi*, capaz de transfigurar individuos de excepcional sensibilidad en enajenados a lo divino, no se prestaba a interpretaciones alicortas— las derivadas de la piedad al uso— como si los santos lo fueran de oficio, por adhesión a un convencional modo de comportarse que aflora con intermitencias a lo largo de la Historia. Con lo cual, al evaporarse el originario candor de las *Floreccillas*, donde bebe la escritora, este Santo huele a sacristía. ¿Tendría razón Giner al negar a su amiga “la nota religiosa”? ¿O pretendía ésta, sin meterse en más honduras, agradar a un público de creyentes sin problemas?

Análoga frialdad o ausencia de participación emotiva llama también la atención en el capítulo clave sobre el Santo y la naturaleza, cuya primera parte tiene algo de tema escolar. Y, sin embargo, la identificación con la divinidad a través de lo creado

puede entenderla racionalmente quienquiera que haya subido a los montes de La Ver-na, refugio del Santo: espesura de abetos centenarios que entenebrece el día más brillante, silencio sobrecogedor. *Deus sive natura*. De aquella vivencia iluminadora mana el abandono a un orden espiritual superior, la *abundantia cordis* que funde el propio cuerpo con el de las cosas, que hermana a todos los seres –inanimados, humanos y animales– uniéndolos a su Creador; de allí surge el soplido vivificador de la caridad que envuelve lo existente, sin distingos ni reservas. Bien lo sabe Doña Emilia, pero las asechanzas de panteísmo encubiertas en esa atrevida percepción de lo divino la atemorizan y acaban por arrastrarla de soslayo a peregrinas consideraciones ... como el recelo frente a las sociedades protectoras de animales, invención de protestantes. Y así, la familiaridad de Francisco con los pajarillos y el lobo feroz –tan definidora como para otras latitudes la de Buda con la tímida gacela –, viene a reducirse a una conseja más en un mundo semifantástico. ¿Entendió de veras Doña Emilia esta dimensión del fenómeno místico? En todo caso, la maestría de la escritura salva cualquier escollo refugiándose en las amables anécdotas de la tradición franciscana que, entre prodigios, visiones, arrobos y profecías, describen la existencia del Santo. Y a sus asombrosos efectos en aquel tiempo han de añadirse otros de diferente naturaleza y completamente actuales: los que ejerce en la escritora. Asoma ya, por ejemplo, en un capítulo sobre el Santo y la mujer, el decidido interés de la escritora por el feminismo mientras en otro dedicado a las herejías comunistas se perfilan sus preocupaciones de orden social. Los siguientes describen la adhesión de los primeros compañeros y el nacimiento de la Orden, el entusiasmo multitudinario que preludia la creación de la Orden tercera, la presencia del Santo en España, su apostolado y, por último, la relación con el franciscanismo de ciencias, artes, literatura y filosofía. En suma, una variedad de temas que no defraudará al lector. Otra cosa es la perplejidad que pueda despertar la profusión de notas al pie –como para revestir de empaque académico lo que en rigor son a menudo divagaciones difíciles de incorporar en el texto –y de largas citas en latín (de ñoñez insuperable alguna, como es la que traduce ciertas frases escabrosas del francés a ese idioma dejando deslizar además una errata: p. 550).

Un luminoso estudio de José Manuel González Herrán sirve de introducción al volumen, enriquecido en el Apéndice con dos textos inéditos descubiertos y presentados por Cristina Patiño Eirín: una carta-prólogo a los frailes del convento compostelano de San Francisco y una conferencia sobre San Francisco y la guerra. Javier López Quintáns, que se hizo cargo de esta edición basándose en el cotejo de las tres aparecidas en vida de la autora, explica los criterios seguidos en la actual y, entre ellos, la conservación de características como los galleguismos y la castellanización de nombres extranjeros, y la corrección de erratas. Muchas debían de ser las originarias cuando son tantas las que han sobrevivido: el primer cajista confundía *ciervos* con *siervos* (p. 496) y se comía las eses finales (*otro*, p. 497), trompicaba al leer el manuscrito y veía *lino* donde dice *uno* (p. 127), *postrero* en lugar de *portero* (p. 259), *alas* en vez de *a las* (p. 484), *despiértala* donde dice *despierta la* (p. 551), *Tornas* en vez de *Tomás* (p. 687), *olvidarán* en vez de *olvidaran* (p. 184). Más fáciles de perdonar son los fallos en palabras extranjeras: *Verständigen* en lugar de *Verständigen* (p. 237), *nessumo* en vez de *nessuno* (p. 286), *reilige* y no *heilige* (p.31), *sull Stimmat* y no *sulle Stimmate* (ibid.), *Bagnorea* y no *Bagnoreale* (p. 366), *e* que en italiano no equivale a *è* y viceversa (pp. 189 y 264), *perchio* en vez de *perch'io* (p. 495). También los apellidos se resienten: *Guijot* en lugar de *Guizot* (p. 21), *Goznes* y no *Goossens* (p. 32), *Crescibeni* y no *Crescimbeni* (ibid.), *Vaquieras* y no *Vaqueiras* (p. 546), *de Sanctus* en vez de

De Sanctis (p. 726). Y alguna otra más insignificante. En el ardor creativo y al correr de la pluma, a la culta señora se le escapaban a veces italianismos insensatos (*fuelles deseos*, p. 345, sin duda *folli desideri* en su fuente de información), *trucidaban* (p. 364), e incluso lo que no es sino un crudo galleguismo (*pelo rizo*, p. 431) podría justificarse por una lectura y transcripción apresurada del original italiano (*capelli ricci*); para finalizar con un hipercultismo, *Panormo* que, del Renacimiento acá, es *Palermo* en toda tierra de cristianos (p. 467). No por cominería sino por deseo de una perfección nada inaccesible se ponen aquí de relieve estas pifias pues el libro, muy atractivo en su bonita presentación, se lee con gusto y ha de despertar interés en un amplio público. Por otra parte y aunque parezca secundario, como la simplificación y empobrecimiento del español actual ha arrinconado la riqueza de lenguaje de las clases cultas de hace un siglo, cabe preguntarse por la acogida que las nuevas generaciones le dispensarán, si no tendrán que acercarse a él diccionario en mano. ¡Acíago destino de los clásicos!

En conclusión: dejando aparte lo datado y lo ingenuo que pueda haber en esta obra primeriza, merece destacarse la valentía con que la novel escritora irrumpe en el espacio público cultural en un momento particular de la España de la Restauración, cuando el espíritu liberal de la época se enfrentaba con más aspereza a la coalición Estado-Iglesia y buena parte de la intelectualidad española mostraba su rechazo a intransigencias dogmáticas. A la escritora –muy sensibilizada a todo ello por su relación con el ambiente krausista– no se le pasa por las mientes oponerse a la disyuntiva planteada desde el *Syllabus*– o catolicismo o vida moderna –ni, menos aún, renunciar a participar apasionadamente en ambos terrenos. Muy al contrario, tanto es así que tercía a su manera en la contienda con esta monografía que parece dar voz a un difundido afán de concordia. Y en el símbolo que elige podían reconocerse los más acérrimos adversarios: Francisco, el innovador sumiso, que al aniquilarse a sí mismo renueva y vigoriza el mensaje cristiano, marchitado ya en sus días tras un milenio de existencia. A buen entendedor ...

MARÍA ROSA SAURIN DE LA IGLESIA
UNIVERSITÀ DI URBINO

José María de Pereda. *Pachín González*. Introducción, notas y texto fijado por Salvador García Castañeda. Santander. Ediciones Tantín. 2014, 205 páginas.

El 20 de febrero de 1895 se puso a la venta en las principales librerías de Madrid la novela de José María de Pereda, *Pachín González*. Casi ciento veinte años más tarde se ha publicado en Santander la última edición de este relato a cargo del catedrático de la Ohio State University Salvador García Castañeda, un reputado especialista en la narrativa del escritor de Polanco que fue el encargado de estudiar, editar y anotar los cuatro primeros libros de artículos de costumbres del polanquino, *Escenas montańesas*, *Tipos y paisajes*, *Tipos trashumantes* y *Esbozos y rasguños* que constituirían los dos primeros volúmenes de las *Obras completas* del novelista editadas por Tantín y dirigidas por José Manuel González Herrán y Anthony H. Clarke. El escrupuloso rigor textual y los magníficos estudios sobre esos primeros textos peredianos se reiteraron en su edición de la obra dispersa de Pereda que García Castañeda recogió en los tres últimos tomos de las *Obras completas*, y que ocupa casi dos mil páginas en esos tres volúmenes de *Miscelánea*: más de 700 textos, de muy variadas modalidades: artículos de prensa (crónicas,